



Elecciones en Angola 16 años después

La República de Angola celebró el 5 de septiembre de 2008 las segundas elecciones desde su independencia, hace ahora 33 años. Del tiempo transcurrido desde entonces, apenas durante los últimos 6 años y medio los angoleños han disfrutado de un país en paz.

La muerte de Jonas Savimbi, en febrero de 2002, fue el punto final de una larga guerra civil. MPLA,¹ UNITA² y FNLA,³ los movimientos que protagonizaron la lucha de resistencia en los últimos años del régimen colonial, nunca quisieron entenderse. Los enfrentamientos armados entre estos tres movimientos, con el apoyo de potencias externas,⁴ fueron la tónica general en los meses previos y posteriores a la declaración de la independencia, el 11 de noviembre de 1975. Los tres movimientos querían a toda costa declarar la independencia (el día de 11 de noviembre fue la fecha marcada en los acuerdos de Alvor⁵ entre el Gobierno portugués y los tres partidos) desde la capital del país, Luanda.

El objetivo sólo lo consiguió el MPLA de la mano del presidente poeta, Agostinho Neto. El MPLA, formado en gran medida por élites urbanas asentadas en la capital del país, ha salido vencedor en todas las batallas militares y políticas disputadas en Angola desde la independencia.

La mayor parte de la historia de la Angola independiente ha estado marcada por la prolongación del conflicto armado entre el MPLA y la UNITA, provocando la destrucción del país y millones de refugiados y desplazados. En el camino quedaron varios acuerdos con mayor o menor intervención de la comunidad internacional y de los países africanos.

■ Las elecciones de 1992 y los 'confrontos'

Las elecciones celebradas en 1992 tienen una gran importancia en el análisis del contexto político angoleño porque marcaron la vida del país durante los últimos

años. Constituyen el único antecedente de las elecciones de septiembre de 2008 y fueron un punto de inflexión en la reciente historia de Angola.

En mayo de 1991, el MPLA acepta el multipartidarismo y la democracia parlamentaria como forma de gobierno para el país, que venía de un régimen de partido único. El 31 de mayo de ese mismo año se firma en Portugal el Acuerdo de Bicesse, en el que participa José Eduardo dos Santos⁶ en representación del MPLA, y Jonas Savimbi⁷ como presidente de la UNITA. El acuerdo es avalado por la conocida como *troika* de países mediadores en el conflicto angoleño: Estados Unidos, URSS y Portugal. Además, asisten representantes de Naciones Unidas y de la Organización para la Unidad Africana (OUA). El Acuerdo de Bicesse preveía el cese de los enfrentamientos militares, que sería controlado por las Naciones Unidas, la fusión de las fuerzas armadas enfrentadas en un ejército único, y la celebración de las primeras elecciones libres en Angola entre septiembre y octubre de 1992.

Así, las elecciones de 1992 fueron esperadas con gran ilusión por la mayoría de los angoleños: significaban el final de la guerra y el comienzo de una nueva era de prosperidad. La campaña electoral se desarrolló en un clima de gran violencia verbal por parte de los dos principales partidos, MPLA y UNITA. A pesar de ello, la mayor parte de los angoleños mostró una actitud pacífica y hubo una participación masiva en la jornada electoral dividida en dos días, 29 y 30 de septiembre, con sólo el 8,65% de abstención.

Los resultados electorales de septiembre de 1992 proclamaron vencedor al MPLA por un margen más o menos ajustado (49,5% para el MPLA; 40% para la UNITA; y 10,5% para el resto de partidos). Al no haber alcanzado la mayoría necesaria para evitarlas, un año después debían celebrarse las elecciones presidenciales en las que se destacaban como candidatos el líder del MPLA y presidente hasta nuestros días, José Eduardo dos Santos, y el líder histórico de UNITA, Jonas Savimbi.

Un mes después de la celebración de las elecciones, el 31 de octubre de ese mismo año, las delegaciones del Gobierno y de la UNITA se encontraban en Luanda con el objetivo de negociar la continuación del proceso electoral. Debía establecerse la fecha para la segunda vuelta de las elecciones, en la que se decidiría la presidencia de la República. Estaban en Luanda también los representantes del proceso iniciado en Bicesse (Estados Unidos, Unión Soviética y Portugal), y la representante especial de la misión de Naciones Unidas (UNAVEM II), Margaret Anstee, además de varios embajadores de la Unión Europea y periodistas extranjeros.

A las dos de la tarde de ese 31 de octubre de 1992 comienzan los conocidos popularmente como «confrontos» (enfrentamientos, en español) entre simpatizantes del MPLA y de la UNITA. Fue el regreso de la guerra a la que los acuerdos de Bices-

se habían puesto fin. Esta vez la guerra alcanzó de lleno a los centros urbanos, especialmente a la ciudad de Luanda. Aún hoy hay huellas visibles en muchos edificios de las ciudades angoleñas que muestran la violencia desatada durante aquellos días.

La historiografía oficial cuenta que el estallido de la guerra tras las elecciones se debió a la no aceptación de la UNITA de los resultados electorales. Sin embargo, una observación detallada de los acontecimientos ocurridos antes, durante y después de las elecciones, despierta numerosas dudas en torno a la versión oficial de los acontecimientos elaborada y difundida hábilmente por el Gobierno del MPLA.

Es cierto que la UNITA levantó diferentes sospechas de fraude electoral en los días posteriores a las elecciones. Sospechas compartidas por el resto de partidos y líderes políticos que concurrieron a las elecciones. En un documento hecho público con fecha de 15 de octubre de 1992, representantes de siete partidos políticos concurrentes a las elecciones afirman: «El proceso electoral angoleño fue caracterizado en su totalidad por el fraude y las irregularidades de forma masiva, sistemática y generalizada, no siendo por ello válido».⁸

Diferentes observadores internacionales hicieron entrega de documentos a la Comisión Nacional Electoral en los que apuntaban graves irregularidades: la intimidación de los electores en los colegios electorales, el incumplimiento del derecho al voto secreto, la presencia excesiva de la policía en las proximidades y dentro de los colegios electorales, la no apertura de muchos colegios a la hora prevista por falta de materiales, la constatación del extravío y manipulación de urnas con votos en el transporte hacia los centros distritales donde se contaban los votos, etc.

Sorprenden los pocos medios destinados por la comunidad internacional para la observación de unas elecciones tan complicadas como las de 1992. Dos meses después, en las elecciones de diciembre de 1992 en Namibia, hubo cerca de 6.000 observadores en un país con sólo medio millón de electores. En Angola, con cerca de 5 millones de electores en 1992, hubo 800 observadores internacionales acreditados.

Pese a las irregularidades denunciadas por la mayoría de los partidos de la oposición y por varias delegaciones y observadores internacionales, Margaret Anstee, representante de la ONU en el país, calificó las elecciones como «libres y justas». Sin embargo, la escasez de los medios utilizados para la observación de las elecciones, las dificultades de los observadores internacionales para acceder a la apertura de las urnas y recopilación de los votos, la falta de acceso al sistema de centralización de datos, además de la propia implicación de Naciones Unidas en la organización de las elecciones (reconocer el fracaso de éstas era reconocer su propio fracaso) son

elementos que hacen dudar acerca de su propia capacidad como observador válido y neutral del proceso.

Aunque de manera timorata, Jonas Savimbi⁹ reconoce el resultado de las elecciones: «Sabemos que las elecciones no fueron transparentes, pero nos quedamos así porque es necesario que haya dirigentes que tengan estatura, patriotismo y capacidad de sacrificio para permitir que se supere la crisis».

Un análisis de la realidad debe ser forzosamente crítico con el Gobierno y la UNITA. Es cierto que el MPLA en el poder utilizó toda la maquinaria del Estado y sus influencias internacionales a favor de sus intereses partidarios. Pero el compromiso de la UNITA con la democracia y la paz no pasó casi nunca de las buenas palabras. Los incumplimientos de la UNITA de los acuerdos firmados, las «trampas» en el desarme de su ejército que sólo entregaba las armas más anticuadas y escondía las más modernas en previsión de la vuelta del conflicto, son muestras de las desconfianzas de la época y de la inexistencia de un deseo sincero de convivencia pacífica y de apuesta por la construcción de un nuevo país capaz de ofrecer unas condiciones mínimas de bienestar a los angoleños.

La falta de liderazgos políticos a la altura de las circunstancias, en uno y otro bando; la escasa presencia de movimientos cívicos nacionales capaces de mediar en los momentos de crisis; la tibieza de la comunidad internacional e incluso la falta de voluntad en algunos casos para poner fin al drama que vivía el país; las ambiciones personales y los miserables intereses de algunos grupos enriquecidos por la guerra, son algunas posibles explicaciones al fracaso de las elecciones de 1992 y del resto de acuerdos firmados e incumplidos durante 27 largos años.

Los hechos que sucedieron durante las semanas posteriores a las elecciones de 1992 son indudablemente confusos y requieren de un estudio profundo. Parece evidente que los círculos cercanos al Ejército y al partido en el poder sabían que un estallido de violencia se estaba gestando, y son numerosos los testimonios de quienes se prepararon para resistir varios días sin salir a la calle en previsión de los enfrentamientos que se acercaban.

El desarrollo de los «confrontos» postelectorales tuvo consecuencias desastrosas para la UNITA. Una multitud compuesta por militares y miembros de la policía, junto con populares armados, atacó los hoteles, residencias y sedes de la UNITA en Luanda y en otros centros urbanos del país. Todos los miembros de la UNITA que estaban en Luanda negociando la segunda vuelta de las elecciones fueron asesinados en las calles de la capital, a excepción de Fátima Roque.¹⁰ Además de la muerte de muchos cuadros del partido, miles de simpatizantes y miembros fueron perseguidos en las calles de las principales ciudades del país. Los «confrontos» se identi-

fican con el único momento en el que la guerra angoleña llegó a los centros urbanos de manera generalizada.

Joaquim Pinto de Andrade, intelectual ya fallecido disidente del MPLA, relató en 1992¹¹ de qué manera se desarrollaron los «confrontos»: «El MPLA reaccionó de manera brutal, de una forma que no evito calificar como criminal. Hubo una caza al hombre umbundo¹² y a la UNITA, se armó a la población civil indiscriminadamente, jóvenes y adolescentes, y hasta a criminales sacados de las cárceles».

Los años que siguieron a 1992 fueron para la mayor parte de los angoleños los más duros de la guerra civil. Una guerra por el poder marcada por ambiciones personales y por la lucha por controlar los inmensos recursos del país, desarrollada al margen de ideologías políticas reales y con la connivencia de élites enriquecidas con el conflicto y de una comunidad internacional mucho más preocupada por la importancia estratégica del país que por el futuro de sus habitantes.

■ «Xé menino, não fala política»

Las elecciones de 1992 y el ciclo de violencia desatado tras su celebración han pesado en el subconsciente colectivo del país hasta nuestros días. Para los millones de angoleños que vivieron aquellos días la celebración de elecciones era sinónimo de violencia, de persecuciones y de muerte. Durante todos estos años en Angola no ha existido el debate, el mínimo respeto a la diferencia que es la antesala de cualquier estado de derecho. El cantante Waldemar Bastos, exiliado durante años en Portugal, lo resumía en una de sus canciones, «Xé menino não fala política, não fala política...».

El partido en el poder ha ejercido un control mediático casi absoluto: las dos únicas cadenas de televisión, todas las emisoras de radio que emiten a nivel nacional, el único periódico diario del país, etc. En este panorama es destacable la actitud crítica, no siempre rigurosa, de los semanarios «independientes», la mayoría de ellos realizados en la capital, que fueron surgiendo durante la segunda mitad de los años 90. Hoy, puede considerarse un sector de prensa consolidado, aunque muy limitado en cuanto a su repercusión por varios motivos: los elevados índices de analfabetismo y las dificultades en el transporte, que hacen que en la práctica la distribución de esta prensa se limite a la capital y sus alrededores.

En cuanto a la radio, tan importante en muchos países africanos por ser el medio que llega a los lugares más recónditos, sólo queda la independencia y valentía de la emisora ligada a la iglesia católica, Rádio Eccléssia, que hasta hoy sólo puede ser escuchada en la capital del país. Rádio Eccléssia dispone de emisoras en las provin-

cias equipadas con medios técnicos, e incluso organizó hace unos años un programa de formación en las provincias para poder contar con personal capacitado en sus emisoras provinciales. Pero la solicitud de extender la emisión a todo el país, realizada hace varios años, de momento no ha sido atendida por el Ministerio de Comunicación Social...

El Estado angoleño puede considerarse una herencia «suavizada» de aquel Estado dominado por el partido único que sucedió a la época colonial. Continúa siendo un Estado que se confunde con mucha frecuencia con el partido en el poder. Y es, en cualquier caso, un Estado poderoso, estructurado en torno a un sistema que extiende sus tentáculos a todos los sectores de la sociedad: Ejército, policía, medios de comunicación, burocracia, partido en el poder, empresas, universidad, clubes de fútbol, organizaciones políticas y ONG afines...

Sin embargo, resulta innegable que el final del conflicto, facilitado por la muerte en combate de Jonas Savimbi en febrero de 2002, ha dado paso progresivamente a un nuevo escenario. Y en ese contexto, las elecciones de septiembre de 2008, a pesar de los errores que después analizaremos, pueden marcar un antes y un después en el futuro del país.

■ Las elecciones de septiembre de 2008

Desde el final de la guerra en abril de 2002 varias fechas de elecciones fueron consideradas y postergadas sucesivamente. Primero marcadas para 2004, después para 2005, y así en adelante. El registro electoral como requisito previo era uno de los problemas más serios a la hora de afrontar unas elecciones en el país. Sin un censo oficial desde 1970, el registro electoral necesitaba de financiación y de tiempo para ser realizado con unas garantías mínimas de éxito.

El clima de bonanza económica que vive el país ha facilitado la celebración de elecciones y ha puesto al servicio de su organización los más avanzados medios tecnológicos. Enormes campañas publicitarias animaron a los angoleños a realizar el registro electoral. Con más de 8 millones de electores registrados en un plazo de 9 meses, la difícil tarea de llevar a cabo el registro electoral ha sido valorada desde todos los sectores. Tratándose de un país con más de un millón de km² (el doble que España), y con regiones en el interior con abundantes lluvias y grandes dificultades en las comunicaciones, podemos hacernos una idea del esfuerzo desarrollado por el Estado en la realización del registro electoral.

Todo un cuadro institucional fue facilitado para la celebración de elecciones. La Comisión Nacional Electoral, formada por representantes de diversos partidos políti-

cos fue discutida por la oposición debido al hecho de estar dominada por el partido en el poder.¹³ De la misma manera fue muy cuestionado el hecho de que la Comisión Interministerial para la Preparación de las Elecciones, vinculada al Ministerio de Administración del Territorio, controlase la base de datos del registro electoral, a partir de la cual se elaboraban las listas de electores.

Otro asunto polémico y muy criticado desde la oposición fue la privación del derecho al voto de los angoleños residentes en el extranjero, justificada desde la Comisión Nacional Electoral por la falta de capacidad de las embajadas angoleñas en el extranjero para realizar un registro electoral de las comunidades en la diáspora. Teniendo en cuenta el gran esfuerzo de registro realizado en el interior del país, parece dudosa la validez de este argumento para justificar la privación del derecho al voto de unos cuantos miles de angoleños en el exterior, probablemente mejor informados que sus compatriotas en el país.

En cuanto al desarrollo de la campaña electoral, la Comisión Nacional Electoral atribuyó a cada uno de los 14 partidos que participaron en las elecciones 5 minutos diarios de espacio en la estatal Televisión Pública de Angola (TPA), única cadena del país. Tan democrático reparto sobre el papel tuvo su contrapartida en el bombardeo informativo al que fueron sometidos los telespectadores desde meses antes de la celebración de las elecciones. Para el MPLA y para la TPA, la campaña electoral había comenzado meses antes de las elecciones. Día a día, durante horas, toda una serie de programas dedicados a enaltecer el proceso de reconstrucción del país daba cuenta de lo que sucedía en el territorio nacional: carrusel de regalos a las autoridades tradicionales, desde tractores a televisiones y motos, inauguraciones de escuelas, de puentes y de hospitales, y un largo etcétera de logros en los que se hacía patente, una vez más, la mezcla continua entre el Estado y el partido en el Gobierno.

Las elecciones y el proceso electoral transcurridos en el tercer trimestre de 2008 demuestran, sin duda, un esfuerzo del MPLA en el poder desde hace más de 30 años por encontrar una legitimidad democrática ante la historia y ante la comunidad internacional. Tal como en 1992, aunque esta vez en un clima de paz, el estado-partido no ha dudado en poner toda su maquinaria a favor del MPLA y de su victoria en las urnas. Eso sí, todo el proceso ha sido dominado por un anhelo de apariencia democrática, calificado machaconamente desde el oficialismo como «ejemplo de transparencia para África y para el mundo».

La versión gubernamental se basa en parte en una falsa analogía. Que la campaña electoral haya transcurrido sin incidentes, y que las elecciones hayan sido un ejemplo de coexistencia pacífica entre votantes de diferentes partidos, no significa exactamente que el proceso en su conjunto haya sido ejemplar. De la misma mane-

ra que la inexistencia de incidentes destacables, a diferencia de los recientes ejemplos de Kenia y de Zimbabue, también puede interpretarse más como la ausencia en Angola de una oposición fuerte y de una sociedad civil con canales adecuados en los que expresar su descontento y frustración con una clase dirigente cuestionada duramente incluso desde algunos sectores del propio MPLA, aunque siempre de puertas para adentro y en voz muy baja.

El transcurso de la jornada electoral demuestra que los angoleños desean vivir en un clima de paz y tranquilidad. Con un alto índice de participación (87,36% según los datos oficiales), aunque el proceso no despertó el mismo entusiasmo que en 1992, puede concluirse que los más de 8 millones de electores (entre ellos varios millones de analfabetos y de pobres de solemnidad) han dado un significativo ejemplo de convivencia.

No obstante, resulta difícil ignorar los numerosos fallos e irregularidades en la organización:

- Las elecciones, previstas para un día, tuvieron que prorrogarse al día siguiente debido a los retrasos de hasta 5 y 6 horas en la apertura de numerosos colegios electorales, especialmente en la ciudad de Luanda. En muchas colegios, el día de las elecciones, faltaban boletines de voto, listas de electores, o la tinta indeleble con la que se marcaba el dedo índice de los electores que habían ejercido su derecho.
- La Comisión Nacional Electoral no informó a los partidos sobre la existencia de determinados colegios electorales y por ello no hubo delegados de los partidos de la oposición cuando se contabilizaron los votos en algunos colegios.
- El mismo día de las votaciones, aparecieron en numerosos colegios electorales personas desconocidas para integrar las mesas que no habían participado en el proceso de formación de agentes para el día de las elecciones.
- Como en muchos colegios no había listas de electores, los votantes no eran registrados en ninguna lista. Para aumentar la confusión, pocas horas antes del referéndum, se lanzó el mensaje de que los electores podían votar en cualquiera de los colegios electorales del país aunque no fuera en el que estaban inscritos.
- La negativa en la concesión de visados a periodistas de medios de comunicación portugueses y la negativa a acreditar a más de 300 observadores pertenecientes a organizaciones de la sociedad civil angoleña.
- En algunos municipios, aunque se trata de casos más o menos aislados, hubo

acciones intimidatorias dirigidas a miembros de la oposición. Eduardo Kuangana, líder del Partido de Renovación Social (PRS), que se ha consolidado en estas elecciones como la tercera fuerza política del país por encima de históricos como el FNLA, acusó al administrador municipal y a la policía local de «crear un cordón para evitar que sus representantes accedieran a las urnas». El líder del PRS declaraba poco después de las elecciones: «Tengo informaciones que me llevan a confirmar que el proceso no fue transparente y estuvo viciado desde el inicio. Por eso los resultados no podrían ser otros».

Todas estas irregularidades llevaron a la UNITA, a través de su líder Isaias Samakuva, a impugnar las elecciones. El proceso también fue criticado duramente por otros partidos como el FNLA, PRS, Frente para la Democracia (FpD), etc.

■ La comunidad internacional y los resultados

En este contexto no deja de resultar sorprendente la celeridad por parte de los países y organismos multilaterales que enviaron misiones de observadores a las elecciones angoleñas en legitimar el proceso sin apenas rechistar. A pesar de que en las primeras horas de la jornada electoral la portavoz de la misión de observadores de la Unión Europea, la eurodiputada Luisa Morgantini, había calificado como «desastre»¹⁴ la situación en varios colegios electorales de la capital, la misma portavoz, en nombre de la misión de observadores de la UE, consideraba pocos días después las elecciones como «libres y justas».

Igual que en 1992, los medios destinados por la comunidad internacional para la observación de las elecciones eran escasos en relación a la dimensión del país: apenas 200 observadores repartidos entre las misiones de observación de la Unión Europea, la Comunidad de Países de Lengua Portuguesa y Estados Unidos. Todas las comisiones de observadores validaron el proceso electoral y el desarrollo de las elecciones de Angola. A tenor del escaso eco que las irregularidades verificadas en el proceso electoral tuvieron en los informes de estos organismos, parece obvio que la validez del proceso ya estaba decidida de manera anticipada.

La victoria aplastante del MPLA en las elecciones de septiembre de 2008,¹⁵ con más de dos tercios de los diputados de la Asamblea Nacional, da derecho a este partido a modificar la ley constitucional, lo cual parece que era el objetivo político marcado en estas elecciones. Como decía un observador atento, antes de la realización de las elecciones, «ningún partido de la oposición está preparado para asumir el Gobierno, y el partido en el poder tampoco está preparado para perderlo». En este escenario, el resultado de las primeras elecciones en Angola después de 16 años puede considerarse inevitable.

La Comisión Nacional Electoral, en concordancia con los partidos de la oposición, ha trazado un programa de elecciones que debe continuar en 2009 con las presidenciales, y en 2010 con las elecciones municipales. Éstas últimas están relacionadas con el creciente poder de los ayuntamientos en el marco del proceso de descentralización del Estado angoleño, en el que se alternan los avances con algunos retrocesos significativos. Muy ligado a la necesidad de descentralización hay voces dentro del Gobierno que defienden la necesidad de acercarse a la sociedad civil para recibir propuestas que contribuyan a la mejora de una gobernabilidad tan cuestionada dentro como fuera del país.

■ El futuro

Animado ante la proximidad de las elecciones y espoleado por los créditos chinos a cambio de petróleo angoleño, el Gobierno intensificó las obras públicas de reconstrucción del país a partir de mediados de 2007. Desde carreteras y puentes hasta toda una red de escuelas y puestos médicos en el entorno rural. Junto a ello, una progresiva mejora de las condiciones de los funcionarios públicos y la consolidación del «milagro económico»: de una inflación de tres dígitos hace pocos años al 12,7% en 2007; y la estabilidad e incluso revalorización de la moneda nacional, el kwanza, frente al dólar estadounidense.

El aumento de la producción petrolífera, que ha alcanzado cerca de 2 millones de barriles de petróleo por día, es el principal causante del espectacular aumento del PIB, que se ha duplicado entre 2004 y 2007. La tasa media de crecimiento de la economía (17,8%) en estos últimos 4 años es una de las mayores del mundo. Pero el contrapunto a estos datos es la desigualdad creciente en el reparto de la riqueza y las enormes carencias de servicios sociales para la inmensa mayoría de los angoleños. Si el PIB per cápita (por encima de los 2.000 dólares estadounidenses) acerca Angola a los llamados países de renta media, los indicadores sociales continúan situando al país de manera inequívoca en el Tercer Mundo.

Los «dividendos» de la paz y del petróleo aún no se han hecho sentir en el día a día de la mayoría de los angoleños, aunque la recuperación de infraestructuras y la inversión en servicios sociales comienzan tímidamente a dar algunos frutos. El recién estrenado juego electoral (de manera importante la posibilidad de que se celebren elecciones municipales en 2010) puede complementar y contribuir a la activación de una serie de cambios en la manera de gobernar (descentralización y mayores espacios para la participación de la sociedad civil) que sirva de contrapeso a un Estado dominado hasta ahora por el poder personal, la corrupción y el pacto entre las élites al margen de los ciudadanos.

De cualquier manera, el cerrojo mediático al que ha sometido el Gobierno al país y el letargo de la sociedad civil están cada vez más amenazados por un conjunto de factores, desde el creciente número de universitarios hasta el retorno de muchos angoleños que residían en el exterior, atraídos por las oportunidades del clima de bonanza económica que vive el país. En las ciudades, especialmente en Luanda, comienzan a vivirse los primeros síntomas del relevo generacional y de nuevas maneras de encarar las relaciones de poder y el modelo de sociedad. Estas fuerzas emergentes ya están en contradicción con las viejas prácticas, y del resultado de ese choque dependerá, en buena medida, el futuro de los angoleños.

1. MPLA son las siglas del Movimento Popular de Libertação de Angola, fundado en 1956. Es el partido de Agostinho Neto, primer presidente del país tras la independencia, fallecido en 1979. El MPLA está en el poder desde 1975 hasta nuestros días.
2. UNITA son las siglas de União Nacional para a Independência Total de Angola, fundado por Jonas Savimbi en 1966.
3. FNLA son las siglas del Frente Nacional de Libertação de Angola (FNLA), fundado por Holden Roberto. El FNLA surge en 1962 a partir de la transformación de la União das Populações de Angola (UPA)
4. En enero de 1975 los tres movimientos firman con las autoridades portuguesas el Acuerdo de Alvor, que define las directrices de la transición y el 11 de noviembre del mismo año como fecha de la independencia. Los acuerdos no son respetados y antes de esa fecha se suceden los choques entre los tres movimientos. Llegan tropas surafricanas y zaireños en apoyo de la UNITA y el FNLA, y un gran contingente de soldados cubanos en apoyo del MPLA. El 11 de noviembre de 1975, el MPLA proclama en Luanda la República Popular de Angola, con combates en las afueras de la ciudad. Ese mismo día, la UNITA y el FNLA proclaman en Huambo la República Democrática de Angola.
5. De los acuerdos de Alvor queda excluido el Frente para a Libertação do Enclave de Cabinda (FLEC), que combatía al poder colonial desde 1963. Cabinda es la provincia más rica en recursos naturales, especialmente en petróleo, y está separada del resto del país por el río Congo y por una porción de territorio perteneciente a la República del Congo. Pese a los anuncios de pacificación realizados recientemente por el Gobierno angoleño, el conflicto de Cabinda sigue latente.
6. José Eduardo Dos Santos, nacido en Luanda el 28 de agosto de 1942, es el presidente de la República desde 1979, tras la muerte de Agostinho Neto. Anteriormente ocupó cargos de responsabilidad en el MPLA y fue durante los primeros años después de la independencia ministro de Relaciones Exteriores y ministro de Planeamiento.
7. Jonas Savimbi, nacido en Munhango el 3 de agosto de 1934 y fallecido en Moxico el 22 de febrero de 2002, funda la UNITA en 1966 y se mantiene como presidente del movimiento hasta su muerte a manos de los soldados del Ejército gubernamental.
8. El documento es firmado por Jonas Savimbi, de la UNITA; Tomás da Cunha, del FNLA; Isidoro Kiala, de la AD Coligação; M Fulupinga Landu Víctor, del PDP-ANA; André Milton Kilandamoko, del PSDA; y António Alberto Neto, del PDA.

9. *Jornal de Angola*, 17 de octubre de 1992.

10. Fueron asesinados el vicepresidente de la UNITA, Jeremias Chitunda; el jefe de la representación de la UNITA en la Comisión Conjunta Político-Militar, Elias Salupeto Pena; y el secretario general Adolosi Alicerces Mango. Los dos últimos fueron capturados vivos y torturados antes de su muerte.

11. Periódico portugués *Público*, 2/12/92.

12. Los principales grupos étnicos que componen Angola son: umbundu (39%), kimbundu (23%), bakongo (13%), y lunda-kioco (9%). Todos los grupos mayoritarios son pueblos de origen bantú.

13. De los diez miembros de la dirección de la Comisión Nacional Electoral dos son nombrados por el presidente de la República, dos están ligados a ministerios cercanos al MPLA, tres son indicados por el MPLA, dos por la UNITA y uno por el resto de partidos.

14. *Público*, 5/9/08.

15. Los partidos que consiguieron representación en la Asamblea Nacional fueron: el MPLA, con 5.266.216 votos, que ocupará 191 de los 220 lugares de la Asamblea Nacional; la UNITA, con 670.363 votos, tendrá 16 diputados; y el PRS, con 204.746 votos, tendrá 8 diputados. El FNLA, con 71.416 votos, alcanza 3 diputados; y la Coligação Nova Democracia, con 77.141 votos, dos diputados.